

A mi abuela muerta, ni tan muerta

Janim Escobar

janim.escobar@uabc.edu.mx

<https://orcid.org/0009-0002-7742-5843/>

Primera parte (narrativa)

Josefina, no sé si te quiero, porque aprendimos que el afecto se corporaliza, se deposita en la otredad. Aunque vi tus huesos, no supe como apreciarlos, porque también aprendimos a querer rostros, ciertas formas definidas que nos causan familiaridad o cercanía. ¿Cómo puedo quererte si no conocí tu abrazo, tu sonrisa o tu severidad? Luego veo tus fotografías, así que eras menudita; de cabello rizado, oscuro y corto; de ojo verde; de manos curativas. Esa pista me la dio mi padre, porque me contó que aliviaste con hojas de “lengua de vaca” el dolor de espalda de don Roberto Zamora y en agradecimiento, él les indicó el sitio exacto para cavar el pozo que hasta la fecha no se ha secado. Dicen mis tíos, mi madre y mi abuela que eras culta, porque leías tanto y porque no había tema que te resultara desconocido. ¿Cuántos libros habrán pasado por tus ojos y tus manos? Ya que terminabas obras completas en dos o tres días, yo creo que por eso tenías noción de muchas cosas.

La mayor de siete medios hermanos, porque fuiste producto de una violación tras ser tu madre vendida a un hombre de apellido Silva y, tras el acto, fue su niñez arrancada. Pero tú no creciste marcada por ello, porque borraste la huella de aquel hur-

to desde de tu nombramiento, así, ante la sociedad, ante la ley, fuiste Josefina Arévalo Arévalo; eran esas las pequeñas y significativas resistencias frente al afán extractivista tan interiorizado y legitimado de reemplazar: las costumbres y las condiciones de vida hace más de noventa años. *Damnatio memoriae* a ese ladrón de inocencias. Eras la mayor y la que se quedó en Salvatierra, ya que todos tus hermanos emigraron a Estados Unidos. Ellos te quisieron mucho, lo sé, porque me tocó ver postales con bellas dedicatorias en tu nombre. Además, en sus visitas, traían obsequios para ti y tu familia, por lo que gozaban de juguetes y aparatos electrónicos novedosos. También ganaste de tus hermanos el apodo de “bruja blanca” por tu habilidad para aplicar remedios. Con hierbas te curabas los síntomas del asma y la presión alta; curabas de empacho a tus hijos aplicando aceite de ricino, jugo de naranja, vendas y una sobada en la espalda. Dice mi tía Norma que tenías un don para las plantas; les hablabas y, de alguna forma tan tuya, lo que sembrabas florecía. Prueba de ello es el inmenso árbol de tabachín que hoy da sombra en tu casa. Estoy segura de que estarías contenta con lo mucho que ha crecido y que incluso le contarías algunas cosas.

La cocina era tu espacio de creación y encuentro, incluso sagrado, ya que había que mantenerlo limpio; con los sentidos y el corazón dispuesto. Difícil para tus hijos elegir una comida que gustara más que otra, porque todo era delicioso. La madre de mi madre te recuerda por tu hablar pausado, elocuente, ingenioso, acompañado de unos gestos expresivos e interesantes: una mujer hospitalaria, generosa, franca y firme; así te describe ella. Una mujer de fe inquebrantable, porque a base de plegarias, lograste que el cultivo de maíz no se perdiera tras la fuerte granizada de aquel día de tormenta. ¿Será que ese es el resultado de una fe poderosa o una coincidencia remotamente posible?

Bailabas danzones, cantabas las canciones de los "Hermanos Gil", cuidabas de tus plantas, y junto al abuelo comenzaste la venta de tamales; cosa que fue un éxito, porque a todo aquello le ponías empeño; por eso la cocina, como muchas otras cosas, no eran simplicidades. Eras inquebrantable en tus decisiones, en enseñar buenos modales y valores a tus hijos; te gustaba el orden y la limpieza. Esta suma de atributos, de conocimientos y habilidades querías transmitirlos a los tuyos, porque decías a tus hijos: "hay que aprender a hacer cosas porque nunca sabes cuando vas a ocuparlas", entonces querías estar preparada para lo incierto y que quienes

amabas lo estuvieran también. Dice mi padre que eras muy creativa porque inventabas palabras para nombrar las cosas simples y cotidianas. Cuando llegaba el momento de ver televisión tu decías: "prendan el mono", y llamas-te "la caja de los caudales" a la cajita fuerte en donde resguardaban el dinero de la venta de tamales. Al menos eso recuerda mi padre respecto a tu forma tan particular de comunicarte.

Pero un día, comenzaron los dolores en el pecho, sabías que algo ya no andaba bien. Dice mi madre que eras muy cuidadosa, por eso las enfermedades te las tomabas en serio. Eras de postergar la ducha si era necesario para recuperar la salud. Entonces, ese día que te sentiste distinta, preferiste bañarte; saltarte esa regla de autocuidado, quizá porque sabías que podrías irte y querías hacerlo a tu manera. En tus últimos momentos, incluso en esas circunstancias en las que seguramente el temor y el pánico nos invade por sentir la muerte cerca, tomaste aire y dijiste "calma", luego la respiración se hizo pesada, miraste a tus dos nietos que estaban cerca tuyo y en ese último viaje de tus ojos, el brillo de la vida abandonó tu cuerpo. Me queda el consuelo de que te fuiste en paz, con la imagen perpetua de la mirada inocente que cargan los infantes.

Segunda parte, poética.

Te conmemoro,
 No a través de recuerdos,
 Con imaginación curiosa.
 Te conozco, solo un poco
 ¿O tal vez mucho?
 Confío en lo que dice la letra
 Que permanece en la hoja,
 Amarilla (tus recetas).
 Ves,
 El tiempo es una certeza
 Que impregna y tiñe la materia.
 Tu letra,
 Su forma,
 Sus espacios,
 El orden,
 Hablan como el tiempo.
 Abuela, eras paciente,
 En un aspecto profundo de tu ser.
 Orden, veo orden en el escrito que dejaste.
 Qué bella letra (como de secretaria)
 De alguien que escribe con entusiasmo y
 seguridad.
 Escribiste,
 Sin saber que una nieta tuya,
 En el futuro,
 Iba a conocerte.
 Soy consciente de ti,
 Tu desconocías mi existencia,
 Esa es la ventaja de quien mira al pasado.
 Te encuentro en la música que te gustaba,
 Porque escucho lo que escuchabas
 Y nos entregamos a la melodía,
 Aunque en tiempos distantes

¿Te conmovía al punto del llanto?
 Tal vez y te consolaba,
 Seguramente.
 Pero te llevo, abuela
 Bebo a tu salud,
 Persigo el ritmo como lo hiciste,
 Puedo leerte,
 Te construyo por pedacitos.
 Después de todo,
 La existencia de alguien como tú,
 No puede borrarse.
 Revives en las pláticas de quienes te cono-
 cieron.
 Me has dado esperanza,
 Respecto a ese temor de morir completa-
 mente.
 Sigues viva,
 Y conversamos,
 Dispuestas en la misma canción y en diferen-
 te mesa.
 Josefina, abuela
 Tengo la mente vacía de tu recuerdo,
 Pero con la vivaz empresa de imaginarte.
 Dijiste calma mientras te ibas en un sueño.
 Con calma escribo,
 Con calma te reconstruyo
 Porque hoy,
 Mediante ese legado impreso en las perso-
 nas
 En las hojas,
 En las fotografías,
 Estás conmigo.

Este texto es un acercamiento hacia mi abuela paterna que falleció tiempo antes de que yo naciera. Es un intento por conocerla a través de diversas fuentes, como la historia oral y archivos, entre ellos fotografías, su libro de recetas, así como la recreación por medio de la música que ella escuchaba. Este ejercicio, que bien se puede inscribir en la historia de vida, se construyó a partir de los testimonios de mis tíos, mi abuela materna y mis padres. Más allá de que este fragmento poético y narrativo se inscriba en las técnicas de la historiografía, es la forma más directa para conocer a quien fue mi abuela. Busco construir desde los imaginarios y las experiencias de quienes vivieron con ella, el retrato más cercano de quien ya no está, pero dejó un legado que hoy reconozco como propio.